

calados y labores y de bruñida empuñadura. Era éste, D. Luis Portocarrero, persona distinguida y de abolengo, según acreditaba á las claras su lujoso atavío y su altanero mirar. Hacía algún tiempo residía en Toledo, lejos de su familia y estados, que radicaban en Andalucía, y según rumores que entre los concurrentes á las tiendas de armas de la calle del mismo nombre circulaba, no era extraña á aquella continuada residencia en la ciudad, una hermosa toledana que le hacía objeto de sus desdenes, que él procuraba vencer, aunque en vano, á fuerza de protestas de amor.

No lejos del joven andaluz y entretenido en blandir una esbelta hoja toledana, ensayando su filo de fábrica sobre el acostumbrado caballete, cuya faena contemplaban varios curiosos rodeándole, estaba el caballero Gualtero, hijo de una de las más nobles familias toledanas. Era el caballero Gualtero bastante joven á la sazón. De blanco rostro y rubio cabello que caía en bucles sobre los hombros, confundiendo con el acuchillado de su jubón, tenía la mirada tranquila, y era su apostura gentil y bizarra, aunque de enjutas carnes y no gran corpulencia.

—Maestro—decía D. Luis Portocarrero, dirigiéndose al dueño de la lonja—digo á vuesa merced que la tal daga es de lo más primoroso que he visto, y que cualquiera que sea la cantidad de escudos que por ella queráis, estará bien dada; pues quien en su cinto la cuelgue, da señales de inteligencia y buen gusto.

—Oh, Sr. D. Luis, teneis razón—repuso el maestro;—pero tengo el sentimiento de que no quede tan buena prenda en Toledo.

—¿Por qué?—preguntó D. Luis.

—Porque desde que el señor rey Don Carlos I trasladó la corte de esta imperial ciudad, cuando hay que vender alguna cosa de gusto en cualquier arte, hay que ir donde la corte se encuentra, y allí se venderá ésta. No está Toledo para lujos; los ricos caballeros han dejado la ciudad, y ni las artes viven ni los pobres trabajan.

—Razón teneis; no se repondrá Toledo de tal golpe.

En esto cogió la daga de manos de Don Luis uno de los que en la tienda estaban, y con gran intención y dejando penetrar las palabras en los oídos de algunos de los presentes, cual si en las carnes penetrara el agudo instrumento que en sus manos tenía, dijo:

—Buena pieza, D. Luis, para que deje de latir algún corazón que enamorado se ve correspondido por cierta dama.

—Oh sí, como á ciertas horas estuviera el corazón al alcance de la daga, yo aseguro que no había de latir mucho.

No bien dichas estas palabras, Gualtero que las había oído y á quien iban dirigidas, se lanzó en medio del corro diciendo:

—No podrá estar al alcance de la daga sino por la traición; el que blande una tizona como esta, tiene alientos en su alma y ve su amor correspondido.

—Pues quien esta daga clave en el corazón, lo hará por antes haber derribado en tierra con la fuerza de su espada á su rival. No hablemos más. Estoy pronto á hacer la prueba y de ese modo veremos si sois tan afortunado en pelear con hombres, como en rendir mujeres.

—En la basílica de Santa Leocadia espero.

—Allí estaré.

Esta escena fué presenciada por cuantos en la fragua del armero estaban; nadie, sin embargo, se preocupó en lo más mínimo, por ser lances tales, muy frecuentes en aquel sitio y estar, por tanto, á ellos acostumbrados. Pasado el incidente, continuaron las conversaciones, las bromas, los dichos ingeniosos, hasta que llegado el medio día cada cual se dirigió á su hogar.

*
**

Fría estaba la tarde del día en que ocurrió el suceso de que en el párrafo anterior se da cuenta; el cielo estaba nublado, la hermosa vega toledana, desprovista de sus ropajes de verdura. La invernada presentábase aquel año bastante cruda, y ante la vista sólo se extendía el panorama de los árboles sin hojas, las tierras pardas unas, rojizas otras completamente áridas por no haber aún brotado las simientes poco antes depositadas en su fértil suelo. Sirviendo de marco á esto, encontrábanse las colinas de color rojizo que rodean Toledo, y al pie de ellas, marchando con alborotada corriente, el Tajo, manchando con sus rizadas espumas ambos lados de su anchuroso cauce. Grande era el silencio y la calma que en los alrededores de la basílica de Santa Leocadia se sentía; únicamente llegaban allí los lejanos ruidos de la ciudad, que se confundían con los cercanos del río. Nadie cruzaba por aquellos senderos y diríase que la vega toledana era un campo abandonado completamente por la fecunda mano del labrador.

Al declinar la tarde, un hombre embozado en amplia capa, recatando el rostro con el embozo de ésta y con el ala del airoso sombrero que adornaba hermosa pluma blanca sujeta por rico joyel, bajaba procedente de la aún no reconstruida puerta de Cambrón, llegó á la basílica con precipitado paso; regis-

tró los alrededores de la misma, y dando muestra de gran impaciencia, esperó, bien que no durante mucho tiempo. Por el lado de la puerta de Visagra, llegó á poco un joven, completamente desembozado, quien al encontrarse con el primeramente llegado, saludó á éste, acto de cortesía á que el otro contestó desembozándose.

Eran, pues, los que frente á frente estaban, D. Luis Portocarrero y el caballero Gualtero.

Pocas palabras hablaron. Traían prisa los aceros y estaban impacientes en sus vainas. Además cada rival tenía deseos de hacer desaparecer al otro. Sabía Gualtero las pretensiones que con su dama tenía D. Luis, y éste odiaba á aquél como á la persona que se oponía á su felicidad. Así, pues, bien pronto estuvieron las espadas en libertad, y aun antes de estarlo habían chocado. Larga fué la lucha, pues hábiles eran ambos contendientes. A cada cuchillada del uno, respondía el otro con un quite magistral; por último D. Luis perdió un golpe y Gualtero le hirió levemente, haciéndole caer á sus pies.

No bien ocurrido esto, Gualtero limpió su espada, la volvió á la vaina y con mesurada frase, dijo:

—Si hubiérais vencido, la daga del maestro Alonso de Sahagún hubiera buscado mi odiado corazón, y á estas horas, no latiría por aquella que no podeis hacer que os ame. He vencido yo, y siendo valiente como sois, no puedo mataros en tal postura; que tal hacer, ni sería noble ni caballero.

—Matadme—contestó D. Luis sintiendo su corazón traspasado por la generosa acción de Gualtero.

—Levantaos y volved á luchar,—dijo Gualtero, en tanto que le ayudaba á ponerse en pie.

—Imposible,—repuso el otro.

Por último, á instancias de Gualtero, volvieron á la lucha con mayor ardor que antes. D. Luis estaba ebrio de coraje, así que cuanto mayor era éste, mayores eran las torpezas que cometía, con las cuales no tardó Gualtero en hacerle caer de nuevo.

Otra vez se repitió la escena de antes. D. Luis fué levantado por su rival, quien nuevamente le perdonaba la vida. Ante tal rasgo, D. Luis, dió la mano á Gualtero.

—Podíais por dos veces haberme dado muerte; soy vuestro pues. No tengo otro medio para pagaros esta deuda que renunciar á mis pretensiones acerca de la hermosa dama que es dueña de mi albedrío. Esta noche salgo para mi país. Sed muy felices.

Dijo, apretó con fuerza la mano de